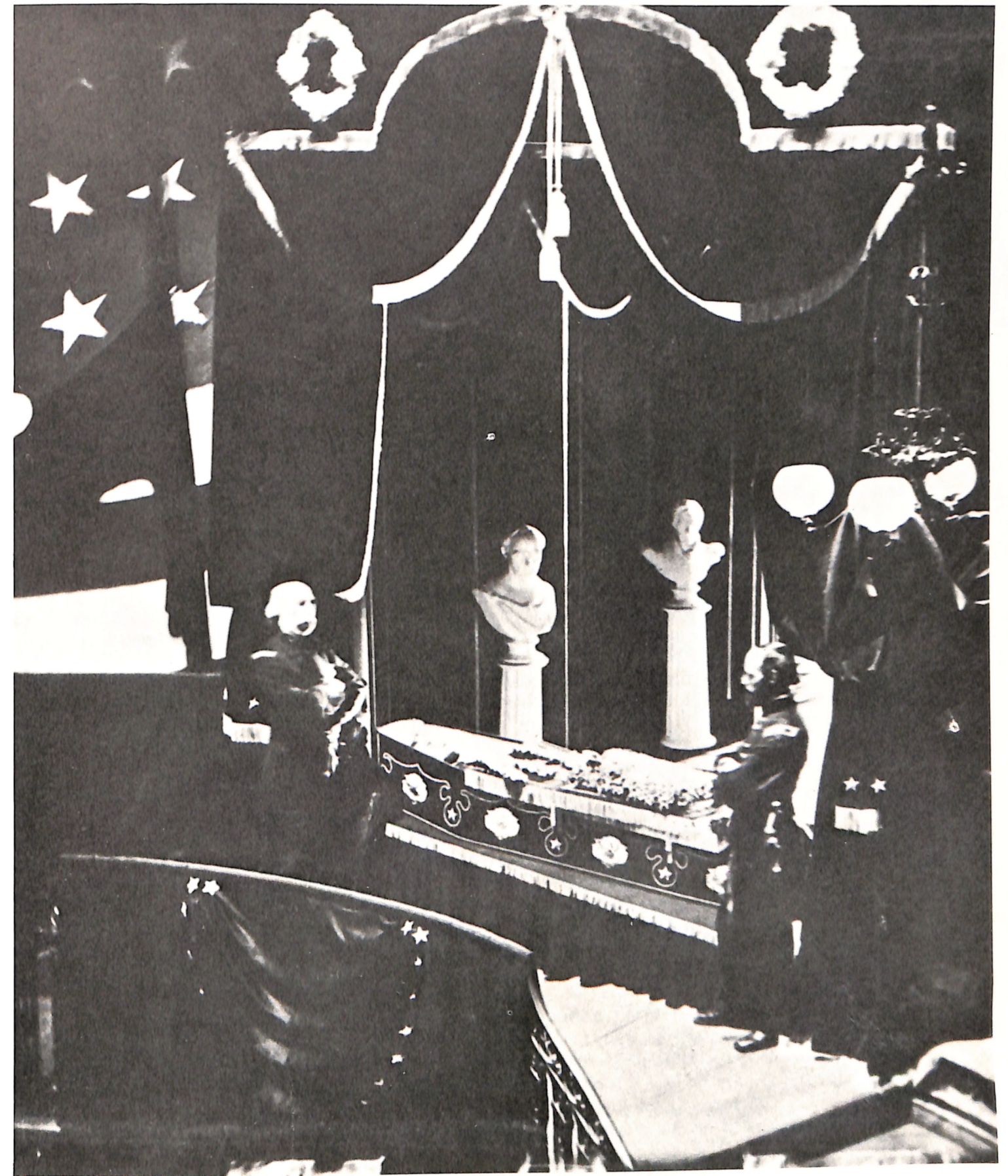




A la izquierda, en una escena de la película americana *The Red Badge of Courage* (1951), las tropas de la Unión avanzan para tomar una posición defendida por las fuerzas confederadas. El 14 de abril de 1865, Abraham Lincoln soñó con una victoria similar, que culminaba con la rendición del general confederado Joseph Johnston. Días antes, Lincoln había tenido otro sueño profético, en que vio su féretro solemnemente expuesto en la Casa Blanca después del asesinato (derecha).



solo dentro de estas curiosas limitaciones. Allí donde podría suponerse razonablemente que operase con la máxima frecuencia, apenas si aparece en absoluto. Es obvio que no da respuesta a la mayoría de nuestras necesidades y demandas. Rehúsa mostrarnos el futuro, cuando anhelamos ansiosamente que ese futuro se nos revele. (Es verdad que he recibido varios ejemplos de ganadores en las carreras hípcas, pero los soñantes nunca eran apostantes regulares, y, de todos modos, no era posible desechar la coincidencia.) Nos dice lo que no deseamos saber particularmente—un desastre aquí, una trivialidad allí—, pero raras veces nos trae el sueño que podría contribuir a resolver un problema inmediato y urgente.

Admito que algunos sueños precognoscitivos, según hemos visto, condujeron a una acción adoptada para evitar una catástrofe. Pero son muy escasos, ciertamente, y parecen arbitrarios. Muchas personas, es cierto, han escrito para decir cómo han sido guiadas y ayudadas por sus premoniciones, pero estas parecen a menudo tan vagas y mal definidas, que pudieran ser una mezcla de presciencia y percepción *a posteriori*, y en todos los acontecimientos a que se refieren les ha faltado la clara previsión de los auténticos sueños precognoscitivos.

Tales sueños parecen ser raros, al menos en nuestra civilización. (Pero extraños vislumbres del futuro, mezclados con recuerdos del pasado, pueden surgir en muchos de los confusos y absurdos sueños que, generalmente, solo recordamos unos instantes después de habernos despertado.) Mientras algunos de mis comunicantes afirman haber tenido cierto número de sueños precognoscitivos, muchos recuerdan claramente uno y solamente uno. Este último podía llegar a cualquier edad, una vez pasada la primera infancia, y en cualesquiera circunstancias. Todo lo cual resulta curiosamente arbitrario. Es como si el futuro fuese una carretera, o una serie de carreteras, ocultas en una niebla que se disipa ocasionalmente para un soñante tras otro. Cuando esto ocurre, el sueño resulta insólitamente vívido, y, por tanto, se le recuerda con facilidad. (Pero los vislumbres del futuro, procedentes de sueños olvidados, pueden explicar esa sensación de que aquello había sucedido antes, a que se alude en centenares de cartas.)

Por otra parte, la experiencia real recuerda y concuerda con el sueño de manera nítida e incuestionable, como la pieza justa en un rompecabezas. Pero si tales sueños y experiencias reales son raros, mucho más raras aun—repre-